

José María Ruiz Párraga

8047 Gestión Patrimonial – Calidad Informática

952189410

... DE IDA Y VUELTA

... DE IDA Y VUELTA

I

Cojo la toalla.

Me seco de forma casi compulsiva y, finalmente, me envuelvo en ella como si fuera un abrigo.

Hace un frío que pela. Se acabó la piscina. Se acabó el verano. Las nueve y cuarto y ya oscurece.

En realidad aquí fuera se está bien, sobre todo teniendo en cuenta que el agua estaba helada. Llevaba fresquita toda la semana, pero hoy había que echarle valor para meterse y, aún más, para aguantar dentro.

He estado viniendo todo el verano, más o menos a la misma hora, casi todos los días y con la misma rutina. Una hora de cansina natación alternada, para colmo, con algunos ejercicios específicos pensados para recuperar, poco a poco, mi dolorida espalda.

Recomendación médica: tres meses sin deportes de equipo. Esto es un tostón. Casi más triste que salir a correr solo. Me ha coincidido con el verano, y, ya se sabe: “la piscina es estupenda”. ¡Y un tostón!

Estos veraniegos días atrás por muy tarde que viniera siempre había gente, algo normal en una piscina comunitaria. A veces cruzarla era una prueba de obstáculos. ¡Es lo que hay! ¡La piscina es de todos!

Lo cierto es que es una piscina grande a la que vienen pocos vecinos, aunque la mitad de los días pienso que más que suficientes y la otra mitad creo que demasiados. Está situada en el centro de la urbanización. Una isla donde, en apariencia, confluye todo. El entorno es muy convencional, pero la piscina está razonablemente limpia y el césped moderadamente cuidado. Un seto de mediana altura aísla el recinto de las calles que lo circundan, lo suficiente para que, incluso en las peores horas, los vecinos más cercanos apenas sientan la molestia de vivir tan próximos a este lugar común.

Conforme los días han ido devorando el verano, el sol ha regateado luz y calor y, a estas horas tardías, el número de vecinos, fueran mayores o niños ha ido menguando. Tan es así que la natación con obstáculos ha dado paso a la vía libre, porque los que han ido resistiendo se limitaban a jugar o corretear por el césped sin osar zambullirse. Ya ni eso, la falta de sol los anima a marcharse a casa más temprano.

Ahora, con este tiempo, sales del baño y esperas que la ducha conserve un resto de agua caliente que te haga entrar en calor. ¡Un espejismo! En unos instantes te das cuenta de que está igual de fría que la de la piscina.

Estoy casi paralizado de frío, liado en la toalla y con la mirada perdida mientras una sombra se desliza por la piscina en continuos largos de ida y vuelta.

Él aún no lo sabe, pero va a ser el principal protagonista de un crimen perfecto.

Lleva así todo el verano. Debe ser mucho más constante que yo porque no ha faltado ni un solo día de los que he venido. Dos meses cruzándonos arriba y abajo y apenas hemos intercambiado un par de palabras de cortesía. Es lo que tiene la vida en “comunidad”, al final no tienes por qué conocer a nadie.

En los más de dos años que llevo viviendo aquí sólo he asistido a una reunión de propietarios y apenas me da para saludar a un par de vecinos. Así que no tengo ni idea de quién es mi compañero de fatigas. Aquí nadie se preocupa por nadie. Todos nos conocemos sin conocernos. Todos somos extraños sin serlo.

Cuando yo llego él ya suele estar nadando, y lo más normal es que cuando me vaya aún siga. De forma tenaz, tan cansina como infatigable. Debe de rondar los sesenta, o, al menos, duplicarme la edad, que para el caso es lo mismo. Aunque a veces no lo parezca es mucho más sistemático que yo. No cambia de estilo, nada a crol una y otra vez, como si siguiera algún tipo de rutina que no me he parado a descifrar del todo. Va aumentando el número de largos para luego seguir el orden inverso. Dos largos y se detiene. Descansa un par de minutos y hace tres más. Vuelve a descansar y va aumentando hasta llegar a siete largos, al menos eso es lo máximo que le he llegado a contar. Después al revés, va decreciendo, y, cuando termina, vuelta a empezar.

Un ejercicio de pura voluntad que yo siento como una dolorosa pérdida de tiempo. Claro que quizás a su edad, cuando queda poco tiempo que perder, cualquier momento parezca valioso.

Conforme va aumentando los largos la fatiga se apodera de él. Pierde ritmo, se le hundan las piernas y sus brazadas se vuelven torpes. Acaba pareciendo un “pato mareao”. Entre unas primeras vueltas armoniosas y este final agónico se abre un abismo que se lo quiere tragar.

Sus brazos matan moscas sobre el agua como el náufrago que no sabe dónde aferrarse y pelea, en una batalla perdida, hasta ese último hálito que sabe que no tiene. A él le pasa igual. Empieza a faltarle el aliento. Brazada, brazada y respirar. Fácil al principio, una tortura al final. Si gira más el cuello se lo acabará partiendo, y, pese al esfuerzo, no consigue suficiente aire. Abre la boca y resuena esa inspiración estéril. En cada bocanada necesita más. Y en cada bocanada traga más agua. En alguna ocasión se ve que más de la cuenta, y, entonces, hunde la cabeza durante más tiempo, como si el no respirar le fuera a devolver, si no el resuello, al menos la compostura.

Pero no se detiene. Como sea llega hasta el final, y, si no ha terminado la cuenta, toca la pared y vuelve. En ese momento se toma un leve respiro, no gira bajo el agua sino por encima, y, entonces, trastoca el ritmo, que no tenía, y aprovecha para coger ese aire que añora y que apenas le va a durar unas brazadas. Pero no se para. Continúa. Y al final, uno o dos minutos de alivio y vuelta a empezar.

Estamos solos en la piscina. Desde hace más de media hora estamos solos él y yo.

Anochece por segundos.

Ya no vendrá nadie.

No sé si existe el crimen perfecto, pero éste lo va a ser.

Sin móvil aparente. Sin motivos personales ni de ningún otro tipo.

Sólo tengo que ahogarlo, y se habrá ahogado y nada más. ¿Quién pensará otra cosa?

Estoy a su lado, le oigo nadar y respirar, y, aun así, escucho el silencio del alrededor. De tarde en tarde un coche pasa por alguna de las calles que bordean la piscina y suena extraño, lejano, como si no pasara por allí. Nadie pasea por las calles. No lo hacen nunca, pero a esta hora menos, si ello es posible. No llega ningún sonido de las casas más cercanas. O no hay nadie o prefieren seguir dentro viendo la tele antes que salir a tomar el fresco. Y aunque salieran, cualquier sonido siempre les será ajeno, nada que ver con ellos.

El crimen perfecto: un tipo que se podría ahogar, se ahoga.

Si alguien entrara en el mismo momento en que estuviera ahogándolo sólo tendría que dejarlo en el fondo y salir pidiendo auxilio, como si le estuviera ayudando. Para cuando lo sacáramos habría dejado de respirar.

Y además, nadie vendrá.

Aunque alguien me viera salir del recinto y luego lo encontraran muerto, sólo tendría que decir que cuando lo dejé seguía nadando como si se hubiera caído de una patera.

Puedo salir cantando, que me vean todos, y aún tendría la coartada perfecta: "sí, estuve allí hasta un minuto antes de que se ahogara" ¿Y?

De todas formas: nadie me verá.

El crimen perfecto. Matas a alguien y nadie se extraña de que haya muerto así.

Y encima es fácil:

Dejo caer la toalla.

Ando unos pasos hacia la parte más honda de la piscina, espero que toque la pared, que vuelva, que dé otro par de brazadas, y salto sobre él justo cuando va a coger aire. Mi impulso lo hunde. Tocamos fondo.

Intenta respirar y no puede. La urgencia aumenta su necesidad.

Estoy a caballito sobre él, mis piernas cruzadas en su vientre. Incluso cuando volvemos arriba le mantengo la cabeza bajo el agua. Sus intentos de salir a flote son torpes, intenta mover los pies a la par que librarse de mis piernas que lo aferran o de mis manos que lo mantienen mirando el ridículo delfín de gresite del fondo de la piscina, que será lo último que verá en su vida.

¿Cuánto aguantará sin respirar?

Por mucho subidón de adrenalina que tenga cuando salto sobre él está listo. Unos segundos y abrirá la boca, y el agua empezará a llegar a sus pulmones, y su cerebro dejará de recibir oxígeno.

Ni tan siquiera sé si es así. ¿Y después?: ¿se desmaya?, ¿se muere?, ¿todo a la vez?

¡Joder, me pierdo lo mejor!

Él ve al puto delfín, pero yo no lo veo a él. No veo su cara incrédula del primer momento, ni su sobresalto al sentirse atrapado. Ni ese golpe de agua en su garganta al que intenta renunciar como si tuviera otra opción. Ni sus ojos, implorando un perdón que ni necesita ni tendrá. Me pierdo el terror en su rostro, su primer estertor... y el último. Y ese instante, diferente, en el que todo termina como si nada hubiera pasado.

¡Joder, me lo pierdo todo! ¡Así no!

Es más fácil:

Dejo caer la toalla.

Ando unos pasos hacia la zona menos profunda. Espero que toque la pared, que vuelva, que dé otro par de brazadas, y salto sobre él justo cuando va a coger aire. Mi impulso lo hunde. Toca fondo. Yo quedo de pie, a horcajadas sobre él.

Cuando intenta salir le doy la vuelta y mis piernas aprisionan su cintura. Mis manos mantienen hundida su cabeza mientras veo su sorpresa y su impotencia. Reúne las fuerzas que no tiene y, como si supiera que no podrá quitar mis manos de su cuello, me clava las uñas en el pecho...

¡¡¡¿Me clava las uñas?!!!

¡Vaya una mierda! ¿Pero esto qué es?: ¿un telefilm de sobremesa?

¡Me dobla la edad! Y, además, el ejercicio de la piscina más que tenerlo en forma parece que le añade años.

A ver... es muy fácil:

Dejo caer la toalla.

Ando unos pasos hacia la zona menos profunda. Espero que toque la pared, que vuelva, que dé otro par de brazadas, y salto sobre él justo cuando va a coger aire. Mi impulso lo hunde. Toca fondo. Yo quedo de pie, a horcajadas sobre él.

Cuando intenta salir le doy la vuelta y mis piernas aprisionan su cintura. Mis manos que sujetan sus muñecas le mantienen la cabeza sumergida.

Se debate angustiado, y el agua al agitarse muestra la imagen de un deforme espejo de feria que sin embargo no me impide ver el estupor en su cara. Se le ve abatido, y, en su frenesí, no cambia demasiado el gesto, quizás porque el horror admite pocas variaciones.

Aún no entiende que sucede y ya hace un rato que le falta el aire. Su mirada se entristece y llora bajo el agua lágrimas imposibles que nunca recorrerán sus mejillas. Su rostro se relaja y adquiere una ternura que no sabía que tenía...

Estoy con la mirada perdida al tiempo que una sombra se desliza braceando sobre el agua.

El silencio se impone a su chapoteo.

Respiro hondo.

...De Ida y Vuelta

Miro a un lado y a otro.

No vendrá nadie.

Es fácil:

Dejo caer la toalla.

Ando unos pasos hacia...

¡Joder, hace un frío de pelotas! ¿Pues no me ha dado un repelús? ¡Mierda de final de verano!

Mi "ahogable" sigue nadando como un desesperado y yo me quedo inmóvil en el borde de la piscina, tiritando al recordar que el agua estaba congelada.

¡Me cago en la leche!, todavía pillaré un trancazo.

¡Anda y que le den!

Lo que yo necesito es una ducha calentita y de éste ya me ocuparé otro día. Aunque como siga nadando así se va a ahogar él solo, si no le da antes un infarto.

II

Hace fresquito pero cenamos fuera. Es otra cosa: después de la ducha caliente y con una camiseta la temperatura es ideal, y hay que aprovecharla porque pronto la echaremos de menos.

La cena es casi a media luz y con un silencio infinito que de tarde en tarde rompe el ladrido de un perro, para recordarnos que no vivimos aislados del resto del mundo.

Estamos terminando cuando comienza el jaleo. Ni muy lejos ni muy cerca se escuchan algunas voces entre coches que abren y cierran puertas.

Nos miramos extrañados, pero seguimos cenando.

Empiezan a sonar sirenas lejanas que poco a poco se van aproximando, hasta que en la oscuridad de la noche se alterna el colorido resplandor de las luces de algunas de ellas.

Mi mujer da por concluida la cena y se lanza hacia la puerta dispuesta a averiguar que ocurre. Curiosidad femenina o como dejar que quite la mesa yo solo.

Meto las cosas en el lavavajillas y voy al aseo a lavarme las manos.

Estoy empezando a secarme cuando oigo cerrarse la puerta de la calle.

Mi mujer aparece ante mí con la cara descompuesta, y le tiembla la voz cuando me dice que han encontrado a un vecino, ahogado en la piscina.

Me veo, desde el espejo, con la mirada perdida.

Dejo caer la toalla.